

María Lorena Capogrossi  
María José Magliano  
DIRECTORAS

# EL TRABAJO DE CAMPO DESACRA LIZADO

*Desafíos, tensiones y problemas  
de la investigación cualitativa*

COLECCIÓN PRISMAS

  
ediciones  
CIECS

El trabajo de campo desacralizado. : desafío, tensiones y problemas de la investigación cualitativa / María José Magliano ... [et al.]. - 1a ed - Córdoba : Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad, 2024.  
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-631-90670-3-3

1. Metodología de la Investigación. 2. Investigación Cualitativa. I. Magliano, María José  
CDD 001.4

Ediciones CIECS | Colección Prismas

Título

El trabajo de campo desacralizado

Desafíos, tensiones y problemas de la investigación cualitativa

Directoras

María Lorena Capogrossi y María José Magliano

Hecho el depósito que indica la ley 11.273.

Este libro, perteneciente a la colección Deslindes de Ediciones CIECS, ha sido sometido a un proceso de evaluación por parte del Comité Editorial y de evaluadores anónimos.

Bajo Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Derivadas 3.0



## AUTORIDADES

### CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS

Presidente

Dra. Daniel Salamone

Vicepresidente de Asuntos Científicos

Dra. Claudia Graciela Capurro

Vicepresidente de Asuntos Tecnológicos

Dr. Alberto Leonardo Baruj

### UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

Rector

Mgter. Jhon Boretto

Vicerrectora

Mgter. Mariela Marchisio

### CENTRO CIENTÍFICO TECNOLÓGICO CONICET CÓRDOBA

Directora

Dra. Mónica Balzarini

Vicedirector

Dr. Lucio Pinotti

### FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES. UNC

Decana

Mgter. María Inés Peralta

Vicedecana

Mgter. Jacinta Buriyovich

### CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS SOBRE CULTURA Y SOCIEDAD (CONICET Y UNC)

Director

Dr. Adrián Carbonetti

## ÍNDICE

Introducción, *por María Lorena Capogrossi y María José Magliano* / 9

Cuando el espejo estalla. Reflexiones para repensar críticamente el trabajo de campo, *por María Lorena Capogrossi y María José Magliano* / 19

De cómo abrir la cárcel para entrar a investigar: emergentes metodológicos a través del campo, *por Sol Marina Rodríguez* / 47

Cicatrices y afecciones del quehacer antropológico: experiencias en la Economía Popular, *por Camila Pilatti* / 71

Tentaciones en la cocina de la investigación: reflexiones sobre la directividad y la invisibilidad en el trabajo de campo a partir del abordaje del trabajo en plataformas, *por Gastón Enrietti Jordán y Rodrigo Escribano* / 101

¿Dónde ponemos la lupa? Revisando premisas, enfoques y fuentes en el proceso de conocimiento, *por Francisco Filippi, Romina Molina y Débora Natividad Farriol* / 135

Ante las pasiones de los demás: la parálisis interpretativa, *por M. Julieta Vidal Düsing* / 165

## **Ante las pasiones de los demás: la parálisis interpretativa**

M. Julieta Vidal Düsing

*La obra se escribió, y yo he trabajado en ella; he escuchado cada una de las palabras (no sopesado – ¡auscultado!), y que en esta obra hay trabajo lo demuestran: 1) su imperceptibilidad (para el lector); 2) los borradores.*

*Pero esto es ya el proceso de la obra, su realización, y no el proyecto.*

Marina Tsvietáieva

Cuando se leen etnografías, pocas veces aparecen las condiciones azarosas y contingentes que permiten construir el dato etnográfico (Gorbach y Rufer, 2016). Se ha sugerido, incluso, que escribir etnografías y dibujar son actividades que se parecen. Ambas pueden pensarse como un proceso de construcción. Al igual que un dibujo, una etnografía pasa por borradores, líneas descartadas y el armado de bocetos contextuales antes de alcanzar la elaboración final; además, en el dibujo se crean escenarios para añadir caracterizaciones y matices de los personajes a la

imagen. Narrar, en Antropología, es parecido (Sirimarco, 2019). En la investigación antropológica se construyen datos que sitúan actores en un entramado social específico. Y esto no sucede de manera automática y acabada. Se trata de “una empresa intelectual con alto componente personal, donde transitamos una zona que no es ni la de la teoría ni de las técnicas, sino la de «la mediación reflexiva entre ambas»” (Champagne *et al.*, en Tello, 2017: 668).

Es decir, el texto etnográfico alude al modo en que convertimos el material de la experiencia vivida en el trabajo de campo y el proceso analítico en un escrito. Implica el recorte de una pregunta específica y una operación de armado textual —la propuesta de argumentos, construcción de nexos y conclusiones— en función de ella, de modo que ese trabajo logre ceñirse al interrogante (Sirimarco, 2019). Pero la Antropología también es una “ciencia de mediaciones”, porque allí no están “ni el Yo ni el Otro, sino sus mutuas implicaciones”, en tal sentido es “un montaje, una yuxtaposición de cosas disímiles” (Taussig, 1995: 66).

A partir de la reflexión sobre algunos aspectos metodológicos de la investigación etnográfica, este capítulo se propone como eje de análisis lo que se ha dado en llamar *la parálisis interpretativa* como un obstáculo que impide construir y avanzar en la escritura etnográfica (Appadurai, en Tello, 2017). En función del desafío general de este libro, se buscará explorar una dimensión de la práctica durante el trabajo de campo: la incomodidad analítica que puede surgir al enfrentar un artefacto narrativo que se presenta “con presunción de verdad” y se acompaña de un componente emocional vinculado con *la pasión*. ¿Qué sucede con esa incomodidad? ¿Cómo afecta al etnógrafo el trabajo entre interlocutores que perturban? Finalmente, ¿qué se hace ante *las pasiones* de los demás?

La clave estará en la siguiente pregunta: ¿cómo es posible convertir el material de la experiencia vivida en el trabajo de campo en un escrito?

Ese material que refiere *no a un yo o un otro sino a sus mutuas implicaciones* y que supone la escucha de un punto de vista rodeado de valores y estereotipos, propios y ajenos. ¿Qué condiciones de esa interacción es preciso objetivar? Aquí “el escuchar” se plantea como una *escucha* del “modelo explicativo nativo”, que necesariamente se transforma en la medida que se accede a una relación dialógica entre interlocutores haciendo “que los horizontes semánticos en confrontación —el del investigador y el del nativo— se abran uno al otro, de manera tal que la confrontación se transforme en un verdadero «encuentro etnográfico»” (Cardoso de Oliveira, 2017: 45). Vale aclarar que las *mutuas implicaciones* de Taussig o la *producción de un diálogo* (Peirano, 1995) entre la perspectiva nativa y la del etnógrafo no se entienden aquí como una conversación entre iguales, y tampoco como una conversación con un individuo que está ahí —*a priori*— en el campo, listo para entrar en diálogo con la perspectiva del etnógrafo.

Al respecto, se ha señalado que las metáforas de diálogo expresan el carácter dinámico de la investigación etnográfica, esto es, el modo en que se articulan las concepciones del investigador y las perspectivas nativas. El conocimiento etnográfico se muestra “permeable a la realidad que estudia” en la medida que el investigador se ajuste a “contrastar y reformular sus sistemas explicativos y de clasificación, a partir de los sistemas observados” (Balbi, 2012: 492). Esto sucede, sobre todo, en la primera etapa de la investigación dado que el producto final apunta a integrar ambas perspectivas —aunque siempre de manera incompleta— como parte de la descripción analítica de una porción del mundo social. En mi propia experiencia etnográfica, esto ha significado volver sobre la pregunta acerca de lo que (nos) hacen los relatos *narrados* en las entrevistas y en las relaciones diarias de campo,

en particular cuando aparecen de un modo que genera una suerte de *parálisis interpretativa*<sup>1</sup>.

Aquí se proponen algunas reflexiones metodológicas en relación con una situación de este tipo que tuvo lugar durante el proceso de elaboración de mi trabajo final de grado en Antropología, titulado “*Antes éramos basureros, ahora somos recolectores de residuos urbanos: una etnografía sobre el trabajo en la higiene urbana de Córdoba capital*”. La investigación se estableció en torno a los trabajadores de la recolección y el barrido de residuos sólidos urbanos de la ciudad de Córdoba, un mundo laboral poco explorado por los estudios académicos (Tizziani, 2022; Bret, 2020; Suárez, 2016; Entwistle, 2015; Castillo Berthier, 1984)<sup>2</sup>. Las fuentes historiográficas sobre los operarios de la recolección de residuos son escasas.

El propósito principal de dicha investigación consistió en darle densidad etnográfica e histórica al devenir del concepto *trabajo* a partir del punto de vista de los trabajadores, lo cual demandó abordar una reconstrucción histórica sobre la formalización de este mercado laboral en la ciudad de Córdoba. Al respecto, se realizó un trabajo de archivo orientado por entrevistas efectuadas a operarios con antigüedad en el

---

1 “[...] el abordaje de fenómenos que —por su pregnancia moral— suelen despertar una suerte de *parálisis interpretativa*” (Appadurai, en Tello, 2017: 671).

2 En el ámbito nacional, el antropólogo Francisco Suárez (2016), que ha dedicado su tesis doctoral a los recorridos históricos de los cirujas de la ciudad de Buenos Aires, logra rastrear los orígenes del procesamiento urbano de basura en aquella urbe mostrando la conexión demográfica, material, económica y tecnológica con los dramas vividos por sus actores concretos. Para nuestra investigación, su trabajo presentó importantes coordenadas orientadoras sobre las lógicas estatales y empresariales detrás de la planificación del servicio de higiene de Córdoba. Por otra parte, Ania Tizziani (2022) ha publicado un artículo especialmente interesante: un abordaje sociológico del trabajo de los barrenderos porteños en el que caracteriza las dimensiones físicas, materiales y relacionales que permiten que los trabajadores construyan una imagen valorizada de su inserción laboral.

rubro, dirigentes sindicales y personal jerárquico de antiguas empresas de higiene urbana municipal. Desde 1981, el servicio ha estado tercerizado por el municipio y ha experimentado diversas alternativas debido a los cambios en los gobiernos municipales y la evolución de la perspectiva sobre su magnitud. Desde entonces, se han producido cambios en las relaciones entre las empresas y el Estado, así como en la dinámica con las distintas generaciones de trabajadores involucrados.

Además, fueron analizados procesos y condiciones de trabajo a lo largo del período y se realizó un trabajo de campo en espacios vecinales localizados en los barrios donde residen recolectores y barrenderos y sus familias. A partir del acercamiento a esos espacios de sociabilidad, fue posible “entrar” a la red de relaciones que estructura el universo de estos trabajadores y generar entrevistas con muchos de ellos.

El trabajo de campo comenzó en el marco del Sindicato Único de Recolectores de Residuos y Barrenderos de Córdoba (SURRBAC). Fundado en 1984, agrupa a los trabajadores y trabajadoras enmarcados en el actual Convenio Colectivo de Trabajo 1655/2014; un abanico amplio de obreros y empleados vinculados con la recolección y el procesamiento de basura de la Provincia de Córdoba. La mayoría de sus afiliados reside en la capital provincial y su contratación depende de diferentes empresas privadas a las que el gobierno municipal les ha adjudicado el servicio. Si bien en los últimos años —especialmente desde 2020— se observa un marcado aumento de las trabajadoras mujeres en el rubro, continúa siendo un bastión de trabajo masculino (Tizziani, 2022).

Al momento de la investigación, este sector mantenía condiciones de trabajo difíciles de encontrar en el mercado laboral argentino: estabilidad contractual, cobertura de salud, jornada limitada, condiciones de higiene y salubridad, licencias por enfermedad, maternidad y paternidad, cobertura por riesgos de trabajo, entre otras. A ello se sumaba

la posibilidad de permanecer, formarse y jubilarse dentro de un oficio, lo cual implica aprendizajes, perfeccionamiento y la transmisión generacional de un saber-hacer<sup>3</sup>. Esto constituye un elemento de peso en relación con cierto espíritu de trabajo social, de solidaridad con y entre estos trabajadores, que destaca con respecto a otras experiencias gremiales regionales.

En las primeras entrevistas con *papeleros*, operarios con antigüedad en el rubro, fue posible observar que los procesos de trabajo —la organización de la jornada, los objetos y herramientas de trabajo— habían cambiado a lo largo de las últimas décadas. Desde el punto de vista de los operarios, existía un *antes* y un *después* en la forma en que llevaban adelante su labor. Estos marcadores temporales se estructuraban a partir de una narrativa cronológicamente lineal. El parteaguas estaba asociado a la renovación dirigencial sucedida en el SURRBAC en 2002, con la llegada al gremio de Mauricio Saillén, a la Secretaría General por la lista Verde, y que en 2022 fue reelegido por quinta vez.

---

3 Ese “saber-hacer la ciudad” se refiere a la idea de pensar este oficio como una labor que *practica la ciudad* (Delgado, 1999). Efectivamente, el proceso total que lleva adelante la higiene urbana genera las condiciones para el uso de la ciudad; el uso de sus calles para transitar con autos, colectivos, a pie y dirigirse al colegio, al trabajo, al centro comercial; el disfrute de sus espacios públicos, la recreación y el ocio. Así como un ingeniero idea caminos por los que la gente puede desplazarse sin obstáculos y a distintas velocidades, los recolectores y los barrenderos limpian, barren y recogen residuos creando un tipo de espacio físico urbano *frágil* —materialidad limpia y sucia, que se hace y deshace cíclicamente— permitiendo que los transeúntes puedan moverse sin participar en la creación de ese espacio sino a través de su tránsito diario.

## Surrbac, la familia sindical

El sindicato que agrupa a los trabajadores del sector en la Provincia ha conseguido condiciones de trabajo y salarios particularmente favorables dentro del universo de empleos vinculados con la “limpieza no doméstica”<sup>4</sup>. Por lo general, el grueso de estas labores, categorizadas como “no calificadas”, destacan por sus dosis de precarización laboral, desvalorización e invisibilización (Capogrossi y Magliano, 2021). Pero para el caso de los barrenderos y recolectores de la ciudad de Córdoba, se puede observar no solo que año tras año en sus paritarias logran aumentar su salario por encima de la inflación, sino que, además, disponen de sólidos espacios y prestaciones sociales para el beneficio de las familias de los trabajadores: un club social y deportivo con disciplinas deportivas para todas las edades, una obra social solvente con prestaciones para el total del grupo familiar, una academia de oficios para el perfeccionamiento de habilidades como herrería y electricidad, una tecnicatura en higiene y seguridad, un secundario de adultos para aquellos trabajadores que no completaron sus estudios, colonias y predios vacacionales, entre otros. Para los entrevistados, esto se logró *gracias* a la renovación sindical de 2002, “*la llegada de Saillén*”, y es a partir de esta gestión que comienza a desplegarse un modo de pensar y construirse como gremio: a través de la idea de *familia sindical*.

La *familia Surrbac* remite no solo a un modo de construir y reproducir lazos dentro del gremio utilizando metáforas sobre parentesco,

---

4 Según el clasificador nacional de ocupaciones utilizado por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (Indec), los recolectores y barrenderos pertenecen a la categoría ocupacional de “limpieza no doméstica”. Este conjunto involucra ocupaciones heterogéneas: trabajadoras/es de empresas de limpieza, mucamas de hotel, barrenderos/as y recolectores de basura, auxiliares de limpieza en fábricas o instituciones estatales, entre otras. Se encuentra disponible en [www.indec.gov.ar](http://www.indec.gov.ar).

sino a ciertos valores vistos como deseables para la presentación pública de sus afiliados: un “clima moral” sellado por la confianza y seguridad de obtener beneficios, que exige respeto de las reglas de conducta (Neiburg, 1988). Quienes pertenecen a esta *familia* se reconocen entre sí como parte de un mismo conjunto personalizado en oposición a un Otro, *la empresa*. Para los operarios, un trabajador no es (y no puede ser) un ser anónimo; allí priman las relaciones mediadas por cualidades como la lealtad, la confianza y el compromiso mutuo. *No somos un número más*, se suele explicar hacia dentro. *A la empresa*, en cambio, se le atribuye una conciencia racional, vinculada con la lógica formal: piensa a los trabajadores únicamente como *números*, unidades que importan en tanto sean productivas. *La familia*, además de ser un conjunto de prácticas e ideas sobre las relaciones entre trabajadores, y de estos con la empresa, puede pensarse en tanto configuración relacional: una red de relaciones sociales que permite que algunos sujetos (y no otros) circulen y se vinculen entre sí.

Esta red se compone de relaciones y se retraduce en el espacio físico: toma como centro las instituciones que conforman el gremio y se extiende hacia los barrios donde viven los operarios y sus familias. A través de comedores, merenderos, actividades deportivas y educativas, gestión de trámites municipales y de otras emergencias, algunos trabajadores participan de estructuras sociales más allá de su espacio de trabajo —como, por ejemplo, dentro de los centros vecinales municipales—, generando redes de intercambio y ayuda mutua con sus parientes y vecinos. Estas redes cobran importancia especialmente en barrios y zonas de Córdoba donde se observa la falta de seguridad social y derechos ciudadanos básicos. Para el ingreso a esta red es preciso *familiarizarse*, ser registrado como alguien que entiende la distinción entre *números* y *familia* en la clave expuesta; tener la capacidad de entablar una relación

de intercambio recíproco y la voluntad de cumplir con obligaciones implícitas en dicha relación. Este sentido de comunidad contiene una *fuerza emocional* que aparece cotidianamente, “obligando una reciprocidad” que, como sugiere Tello (2017: 672), “es vivida de modo radicalmente subjetivo por parte del investigador”.

La presencia de *la familia* en el espacio público —durante la jornada laboral, una marcha, un acto conmemorativo o en las instituciones barriales, por nombrar algunas ocasiones— destaca por la variedad y cantidad de símbolos y materialidades que la visibilizan. Desde los más usuales —banderas, camisetas, banderines, chalecos bordados, instrumentos estampados, bengalas de colores verdes— hasta los más sorprendentes, como son tatuajes con los rostros de algunos dirigentes y otras referencias vinculadas directamente al gremio. En este marco, cobra importancia la figura de Mauricio Saillén, el secretario general, la cual es imposible de sortear. Está presente como un espectro que todo lo puede. Es un padre de familia —*El Gordo, El Jefe, El Papá* o simplemente *Mauricio*— y es parte de una religión: *Dicen que lo hemos endiosado... y es porque nos hizo hermanos en la necesidad.*

Estos elementos se combinan de un modo inseparable con el relato sobre el *antes* y el *después*. Esta expresión utilizada por los papeleros refiere a la transformación simbólica y material de su trabajo, y, por extensión, a la forma en que ellos se piensan como sujetos. Mientras que *antes* utilizaban ciertas metáforas para nombrar la relación con la actividad y la gerencia empresarial —*animales, esclavos* o *basureros*—, la obtención de derechos y condiciones de trabajo distintas a las existentes antes de 2002 dio lugar a que el colectivo se pensara como *trabajadores recolectores*. Se estableció así una división tajante: el pasado como el tiempo de la vulnerabilidad *versus* el presente como el tiempo de la fortaleza y la seguridad.

Integrarse en la red de relaciones de barrenderos y recolectores es, por lo tanto, un proceso que está muy ligado al sindicato. De este modo, una vez lograda la entrada al campo aparecieron algunos imprevistos, dado que comencé a adentrarme en *la familia Surrbac*. Tras numerosas iniciativas fallidas, aquel trabajo de campo comenzó *familiarizándome*, entablando relaciones y compromisos, lo que permitió que pudiera hacer entrevistas y participar en eventos vinculados con el mundo del trabajo en la higiene urbana. Primero se establecieron lazos con algunos referentes del sindicato, quienes me acercaron a conocer distintos espacios del gremio. A través de este primer paso, conocí familiares de trabajadores que participaban en instituciones barriales. De esta manera, me incorporé a dos grandes grupos que construían *la familia* en distintos espacios de la ciudad de Córdoba. La participación semanal durante los días en que se preparaba comida para los vecinos del barrio me permitió aproximarme a trabajadores de distintas generaciones y hacerles entrevistas. Después de su jornada laboral, los martes, miércoles y jueves se encendía el fuego, se cortaban y preparaban los alimentos y a las 20 horas la cena estaba lista. Poco a poco, se conformaban largas filas de vecinos con recipientes de variadas formas y tamaños a la espera de su ración. La actividad concluía con una foto grupal que posteriormente se publicaba en las redes sociales del sindicato. La mayoría levantaba el puño, la señal que usa Mauricio para hablar de *la unidad en la lucha*. Como solía irme entrada la noche, habitualmente alguien me acompañaba a la parada del colectivo para que no me quedara sola. Las pequeñas conversaciones derivaron en un acercamiento mayor: me quedaba a cenar en las casas familiares de operarios o comíamos todos juntos tras las actividades.

Esto implicó la *familiarización*, una aproximación al espacio social que conlleva, para quienes participan de ella, cierta reciprocidad entre

los miembros. La *familia Surrbac* se consolidaba a través de la devolución de favores de sus afiliados y su círculo primario mediante distintas actividades. Familiares y vínculos primarios de los operarios se suman a *devolverle algo al gremio*, reproduciendo la *familia Surrbac* a través de ese gesto de reciprocidad. De modo reiterado, esto es mencionado en conversaciones, asambleas, y actos multitudinarios: “el gremio nos dio, nosotros recibimos y ahora, devolvemos”. Los vínculos estaban guiados por cálculos morales, es decir, mientras que cada parte cumpliera dando y tomando lo que correspondía, la relación productora de la *familia* continuaría. Estas moralidades siempre estaban evaluadas entre sí, de modo que cada parte vigilaba el carácter justo del intercambio (Quirós, 2011). Si bien desde un comienzo se explicaron las razones y los objetivos por los que participaba en esos espacios, una *alteridad mínima* (Peirano, en Tello, 2017) debía mediar necesariamente para poder “hacer campo”. Esto implicaba entonces aquel modo usual de aproximación: *la familiarización* y la subsecuente reciprocidad. Sin embargo, la participación desde coordenadas sociológicas distintas dentro de aquella *familia* traía desafíos en múltiples niveles. La familia acercaba, sí, pero también disciplinaba (Capogrossi, 2012). Las personas que entraban en ella aceptaban de manera voluntaria —lo que no implica que lo hicieran pasivamente— la disciplina, esto es, respetar las reglas de comportamiento y de interacción que establecían las formas aceptadas y desaprobadas de dar y recibir.

Surgía entonces la siguiente pregunta: ¿qué compromisos estaba tomando al llevar adelante una etnografía? Uno de los compromisos *tácitos* fue tomar “lo dicho” por los interlocutores en las entrevistas y a lo largo de la experiencia vivida como categóricamente *verdadero*. La narrativa de los logros gremiales y la historia del colectivo se presentaba como una verdad indiscutible para quienes la relataban, y transmitía así

una verdad que obligaba al receptor a comprometerse con la pasión del relato que no daba lugar a dudar de su contenido. La pregunta que me hice y no me abandona es: ¿qué hacer con esa fuerza que (me)conmovía en pos de *su verdad*? o ¿cómo escuchar el “sonido del ruido” de una verdad apasionada? Vale aclarar que la perturbación no tenía que ver con su carácter de verdad, sino con lo que *obligaba a hacer*. La racionalidad que me acompañaba debía ponerse entre paréntesis para *escuchar*; de lo contrario, una dimensión sustancial de la construcción como trabajadores barrenderos y recolectores se diluía.

La antropóloga Mariana Tello (2017: 672) propone considerar *la fuerza emocional*<sup>5</sup> como una dimensión de la experiencia etnográfica: “¿qué papel juegan los sentimientos, emociones y pasiones en el trabajo de campo como situación social?”. Su posicionamiento es que “las emociones, por más invisibles que resulten en la presentación de los datos, por más «domesticadas» que aparezcan, forman parte del «marco» en el que se construye el cara a cara —o el cuerpo a cuerpo— de la situación de campo”.

Hay dos preguntas planteadas por Tello acerca de la *fuerza* de las emociones: ¿qué se hace con los objetos sociológicos que interpelan la emocionalidad o la pasión?, es decir, ¿qué se hace con los objetos que *obligan a hacer algo*, como por ejemplo “consolar” cuando alguien llora —dice la autora— o, se podría agregar, “comprometerse” con una historia. Esas preguntas inspiran la problematización que se expondrá a continuación y que está en cierto modo en el origen de la parálisis interpretativa sobre la que me propongo reflexionar.

---

5 Dimensión que, a su vez, aparece previamente ya problematizada en el trabajo del antropólogo Renato Rosaldo (1991), quien, tras la trágica muerte de su compañera de investigación y esposa, explora la fuerza cultural de las emociones y el lugar que adquiere durante el trabajo diario del etnógrafo.

## Familiaridad y parálisis

Ahora bien, esa *fuerza* de comunidad movilizada por los sujetos, conjugada con los repertorios en torno al sentido y valor de su *trabajo*, se expresaba en un contexto social y político adverso a los derechos conquistados en esos empleos que eran parte del Estado. Es aquí donde entra en juego el contexto en el que comencé a investigar. Un discurso en torno al *trabajo* se afianzaba entre las mayorías argentinas, lo que también incluye a los barrenderos y recolectores. Un modelo de empleo vinculado con las necesidades de una economía de servicios. Aquel que recibe recursos del Estado —un salario, una pensión, una beca— es construido como alteridad sospechosa. Un velo de recelo o una *epistemología de la sospecha* (Quirós, 2011) gira en su entorno: la de no ser un legítimo *trabajador*. Es un juicio que se respira y se reproduce a diario, elevando las fronteras entre los verdaderos “ciudadanos honestos” y los “parásitos del Estado”.

Como señala Ezequiel Adamovsky (2020), para que el proyecto neoliberal del gobierno de la coalición Cambiemos se asentase en bases sólidas, se comenzó a afirmar que era necesario generar no solo reformas económicas, sino también un “cambio cultural”: había que modificar los valores progresistas de la sociedad argentina. Esto consistía en que los valores del “igualitarismo” y del Estado “garante” debían mutar a otros de signo opuesto, los del “emprendedurismo”, que apuntaban a realzar el papel del individuo enfocado en el trabajo y el desarrollo personal. El bienestar no debía buscarse en la ampliación de derechos colectivos garantizados por el Estado, sino en el mérito de cada individuo, que sería debidamente premiado por el mercado. Abandonar el reclamo político para tener una actitud más “empresarial”, se suponía, iba a redundar en mejoras para todo el país (Adamovsky, 2020). Durante las últimas

décadas, los juicios morales y políticos basados en un imaginario local del *trabajo* han marchado de la mano contra los sectores populares. Ya durante la crisis de 2001, curas, periodistas, dirigentes políticos y sociólogos debatían el “uso político” de los planes sociales y su relación con la “vagancia” fusionando conceptos como clientelismo, pobreza y asistencia política (Assusa, 2017). Esto no es una novedad; se ha señalado que la historia política argentina discurre en el lenguaje del *trabajo* desde la fundación del Estado-nación cimentado en los proyectos civilizatorios de Alberdi y Sarmiento, cuya aversión hacia los grupos indígenas y gauchos se fundamentaba en su falta de adecuación para el trabajo moderno (Assusa, 2017). Esta perspectiva reapareció con fuerza durante el momento de la investigación, cuando gran parte del malestar social que decantó en el retorno de un modelo económico-político autoproclamado “anarcolibertario” se definió dirimiendo que quienes sufren cargas impositivas y fiscales son los que *trabajaban* mientras quienes reciben recursos del Estado son los que *no trabajan* y conocen las formas de “vivir sin esfuerzo”, sin *dignidad*. Este discurso, íntimamente vinculado con las necesidades contemporáneas del tipo de trabajadores que “precisa” el capitalismo argentino, es una de las victorias del capital más claras de nuestro tiempo. No solo por los dualismos que construye, sino por las atribuciones (a)morales que produce sobre las clases populares. El *trabajo* continúa siendo, sin duda, el lenguaje argentino para hablar de diferencias culturales, de los méritos y los miedos sociales.

Los barrenderos y recolectores no estuvieron ajenos a estas explicaciones y atribuciones cada vez más extendidas en el sentido común. Como colectivo de trabajadores de un servicio público licitado, concesionado y financiado por el Estado debieron enfrentar un tipo particular de acusaciones. Principalmente, han sido objeto de imputaciones de corrupción dentro del sindicato, difundidas tanto en la prensa local

capitalina como entre la ciudadanía, y también se han realizado denuncias por supuestas negociaciones ilícitas con las empresas prestatarias, que ponen en jaque la legitimidad de las condiciones de trabajo del sector. La forma que encontraron de defenderse de aquella sospecha pública fue relatar el trabajo colectivo y político que había requerido lograr la consolidación de las condiciones de su trabajo. Por mi parte, mientras avanzaba en el análisis de las fuentes de archivo, observaba que los trabajadores contaban con una historia de lucha y resistencia previa a 2002, que en las entrevistas no aparecía mencionada. En su lugar, lo que sí se me entregaba en esas instancias era aquel relato, el *artefacto narrativo*<sup>6</sup> del antes y el después de la elección de Saillén. Ese artefacto se me confiaba y tenía el propósito de convencer, obligaba al que lo escuchaba a creer y a sentir una *afición vehemente de algo*, esto es, una pasión. La fuerza que tenía aquel artefacto narrativo devenía de la obligación que generaba: un compromiso que solo lo entendía en la medida que me *familiarizaba*, en la medida que me insertaba en la red de relaciones.

¿Era posible *escuchar* sin traicionar aquel compromiso? Escuchar las pasiones no es fácil. Lo que pretendo hacer aquí es una reflexión sobre el oficio del etnógrafo y los desafíos intelectuales, éticos y políticos que conlleva. Si en un laboratorio “pequeños grupos de gentiles hombres hacen testimoniar a fuerzas naturales y atestiguan que no traicionan, sino que traducen el comportamiento silencioso de los objetos” (Latour,

---

6 Gustavo Blázquez y María Gabriela Lugones (2016) llaman la atención sobre el tipo de material con el que trabajamos los antropólogos: resulta de una interpelación específica, que “orienta” un relato hacia una *narración* en favor del investigador. Estas narrativas son artefactos hechos para y con nosotros, que no tienen como objetivo dar información ni verificar algo, sino mostrar, a modo de reflexión o moraleja, la experiencia individual de nuestros interlocutores. El tipo de interpelación etnográfica, dirán los autores, promueve que los sujetos devengan en narradores y como antropólogos debemos preguntarnos qué hacemos con los relatos que producimos en y con los entrevistados.

2021: 55), en la etnografía, en cambio, “el perfeccionamiento de uno mismo en tanto principal instrumento de investigación en el trabajo etnográfico constituye una empresa dialógica” (Tello, 2017: 674). En el rol de intérprete, el etnógrafo queda expuesto a las emociones de los demás y a lo que le provoquen. Para llevar adelante la comprensión de esa experiencia, se puede omitir o neutralizar esa dimensión, o “se puede tener una disposición reflexiva que intente equilibrar la cercanía y la distancia ante los afectos y pasiones, analizándolos como realidades sociohistóricamente situadas, como parte esencial de los datos etnográficos que se construyen en cada relación” (Tello, 2017: 674).

Sería una ficción literaria decir que lo primero que ensayé fue tratar de lograr un “análisis situado y reflexivo” de lo que las narrativas (me) “hacían”. La primera estrategia fue omitirlas. Negar aquellos “efectos subjetivos” y dedicarme a los asuntos “objetivos” que para mí eran parte sustancial de la vida política obrera: la salud y la degradación física cotidiana. Llevé adelante una serie de entrevistas semi-estructuradas orientadas a analizar y caracterizar los modos en que la enfermedad aparecía en los procesos de trabajo. Mi sospecha era que existían formas de desgaste físico “encubiertas”, desórdenes alimentarios derivados de los modos de organizar las jornadas de trabajo y los momentos de descanso. Sin embargo, los interlocutores aprovechaban cada entrevista para hablar sobre otras cosas. Estaban interesados en que yo supiera y escribiera —en los espacios sociales de los que ellos identificaban que provenía, por ejemplo, la Universidad— el motivo por el que merecían las condiciones de trabajo y el salario que tenían, haciendo uso de aquel *artefacto* que habían construido durante años, la narrativa del antes y el después.

Decidí entonces tratar de escribir sobre ello, pero allí apareció *la parálisis*. Me preocupaba estar cayendo en un análisis “de a dos”: estar

transcribiendo una explicación nativa sin poder alejarme de ella por mi *familiarización* y las obligaciones que esto demandaba. ¿Hay una verdad oculta? ¿Esto es una “falsa conciencia”, construida por una burocracia sindical? No podía *escuchar las pasiones* sin cargarlas de mis interpretaciones y sospechas sobre lo que ocultaban. Las desgajaba en elementos para traducirlos como “alegorías” a *otra cosa*, y de esa forma alteraba cada hecho etnográfico. Mi atención al contenido de la historia narrada, y no a lo que esta hacía, en tanto artefacto, bloqueaba la posibilidad de comprender una dimensión importante de ese universo.

Para *ser* recolector, se debía poner a jugar un *artefacto narrativo* muy particular. Y lograr comprender eso —y no juzgar— fue el gran aprendizaje. Susan Sontag (1969) comienza su conocido ensayo “Contra la interpretación” con un epígrafe de Oscar Wilde: “el misterio del mundo es lo visible, no lo invisible”. Allí encontré un punto interesante. ¿Y si, en vez de excavar sobre una interpretación “del verdadero significado” de aquella narrativa, me proponía describir los elementos que de ella me paralizaban? ¿Por qué no dejar de tratar de *domesticar* aquello que me generaba? La interpretación del significado, en términos de *representación*, da por supuesta la experiencia subjetiva, la toma como punto de partida. Yo no debía dar por supuesta aquella experiencia, sino describirla. Era la llave para pensar y construir *el trabajo* etnográficamente. Comencé a preguntarme ¿cómo es este artefacto?, ¿por qué se utiliza?, ¿qué características tiene? Como composición, ¿qué elementos destaca?, ¿cuáles oscurece?, ¿con qué otros discursos se vincula?, ¿qué elementos históricos de la historia obrera recupera?, ¿es recuperado por todos los recolectores de la misma manera? La descripción extensa de la forma en que se presentaba este artefacto, de cómo llegaba a ser lo que era, me permitió correrme del contenido en sí y sortear aquella parálisis. Atender a aquellas emociones que apelaba, me permitió visualizar una

primera conclusión del mundo que planteaba conocer. Para *escuchar* y sortear mi *parálisis interpretativa*, debí repensar la triada trabajo-moral-política porque pensarlas como dimensiones separadas y estancas, conceptos con sentidos unívocos, es una artificialidad del discurso hegemónico sobre el trabajo. El desafío requirió dar cuenta de los sentidos nativos que tenían esas palabras, distanciándome y exotizando mis disposiciones intelectuales para constituir las en parte de mi propio objeto de investigación.

### A modo de conclusión

A lo largo de este trabajo, he tratado de dar cuenta de la complejidad del análisis etnográfico ante las narrativas *que obligan a hacer algo*. El argumento central trata de reflexionar sobre la parálisis interpretativa ante los *artefactos narrativos* que contienen una fuerza emocional, en este caso vinculada con las pasiones. Para ello he intentado exponer, a través de la propia experiencia como etnógrafa, las líneas contextuales de la investigación que quedan desplazadas y ocultas a la hora de la textualización, pero que no por ello son menos importantes para construir el análisis final. He tratado de mostrar cómo la *familiarización* implicaba atender un *artefacto narrativo* que anclaba su sentido en algo más que su contenido, esto es, la *fuerza de las pasiones*. He intentado exponer su tratamiento metodológico con el objetivo de arribar a una reflexión que permita visualizar los desafíos que conlleva la cocina del trabajo de campo. Arribé así a otras preguntas de orden más general, que abren lineamientos para próximos trabajos: ¿cuáles son los *actos obligatorios* (ritualizados, consagrados, cotidianos) que se practican para atravesar un escenario de crisis?, ¿cómo se enfrentan los trabajadores argentinos

a la transformación del mercado laboral? Creo que estas son algunas aristas que derivan del recorrido reflexivo expuesto. En principio, tengo la fuerte presunción de que la coyuntura actual precisará de este tipo de análisis: ¿qué se puede hacer ante *las pasiones* de los demás en un contexto sociohistórico minado de artefactos narrativos de este tipo?

## Bibliografía

Adamovsky, Ezequiel (2020) *Historia de la Argentina*. Buenos Aires: Crítica.

Assusa, Gonzalo (2017) *Jóvenes trabajadores. Disputas sobre sentidos, apropiaciones simbólicas y distinciones sociales en el mundo laboral*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.

Balbi, Fernando Alberto (2012) “La integración dinámica de las perspectivas nativas en la investigación etnográfica”. *Intersecciones en Antropología*, 13-2, 485-499.

Blázquez, Gustavo y Lugones, María Gabriela (2016) “De cómo no infamar: reflexiones en torno al ejercicio de escribir sobre vidas ajenas”. En Frida Gorbach y Mario Rufer (coords.), *(In)disciplinar la investigación: archivo, trabajo de campo y escritura*, pp. 63-83. México: Siglo XXI.

Brett, Hugo (2020) “Esfuézate y consérvate. Recolectores de basura y barrenderos del sector público”. *Trabajo, Género y Sociedades*, 43-1, 51-66.

Capogrossi, María Lorena (2012) *La relación capital-trabajo en “economías de enclave” y sus transformaciones durante el proceso de ajuste estructural en los 90. El caso de los trabajadores de YPF en*

- Campamento Vespucio y General Mosconi, Salta*. Tesis de Doctorado en Antropología, Universidad de Buenos Aires.
- y Magliano, María José (2021) “La desigualdad generizada: gestión del tiempo, estabildades frágiles y resistencias masculinizadas en los empleos de limpieza no doméstica en Argentina. *Itinerarios*, 34, 253-275.
- Cardoso de Oliveira, Roberto (2017) *El trabajo del antropólogo*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Castillo Berthier, Héctor (1984) *El basurero. Antropología de la miseria*. México: Edamex.
- Delgado, Manuel (1999) *El animal público. Hacia una teoría de los espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama.
- Entwistle, Gabriel (2015) *Políticas de limpieza. Trayectorias laborales, desigualdades múltiples y movilidad social entre las mujeres del servicio de limpieza de calles en Cochabamba, Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO.
- Gorbach, Frida y Rufer, Mario (coords.) (2016) “Introducción”. (In) *disciplinar la investigación: archivo, trabajo de campo y escritura*, pp. 9-24. México: Siglo XXI.
- Latour, Bruno (2021) *La esperanza de Pandora: ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa.
- Neiburg, Federico (1988) *Fábrica y Villa Obrera: historia social y antropología de los obreros del cemento*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Peirano, Mariza (1995) *Os antropólogos e suas linhagens. A favor da etnografia*. Rio de Janeiro: Relume-Dumará.
- Quirós, Julieta (2011) *El porqué de los que van. Peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires (una antropología de la política vivida)*. Buenos Aires: Antropofagia.

- Rosaldo, Renato (1991) “Análisis de la narrativa”. En *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*, pp. 123-136. México: Grijalbo.
- Sirimarco, Marina (2019) “Lo narrativo antropológico: apuntes sobre el rol de lo empírico en la construcción textual”. *Runa*, 40-1, 37-52.
- Sontag, Susan (2011) *Contra la interpretación y otros ensayos*. Buenos Aires: Debolsillo.
- Suárez, Francisco (2016) *La Reina del Plata. Buenos Aires: sociedad y residuos*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Taussig, Michelle (1995) *Un gigante en convulsiones*. Barcelona: Gedisa.
- Tello, Mariana (2017) “(Re) pensando el concepto de reflexividad en el contexto del trabajo de campo”. *Trabajo y Sociedad*, 29, 667-675.
- Tizziani, Ania (2022) “El «trabajo sucio» de las ciudades. Condiciones y experiencias laborales de los trabajadores de limpieza urbana en la ciudad de Buenos Aires”. *Trabajo y Sociedad*, 23-38, 449-465.